

LA
ARMADURA
DE
DIOS

PAUL BLOCK
y
ROBERT VAUGHAN

bóveda

Título original: *Armos of Good*
Editado en EE.UU.: A Forge Book
Published by Tom Doherty Associates, LLC
175 Fifth Avenue
New York, NY 10010

Primera edición: 2010

© Paul Block y Robert Vaughan, 2007
© traducción: Pablo Manzano, 2010
© de esta edición: Bóveda, 2010
Avda. San Francisco Javier 22
41018 Sevilla
Teléfono 95 465 23 11. Telefax 95 465 62 54
www.editorialboveda.com
Composición: Grupo Anaya
ISBN: 978-84-937430-2-4
Depósito legal: M-33027-2010
Impresión: Huertas Industrias Gráficas, S. A.
Impreso en España-Printed in Spain

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaren, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

ÍNDICE

| | |
|--|-----|
| Capítulo 1. LOURDES, 1095 | 11 |
| Capítulo 2. EN MEDIO DEL ATLÁNTICO, EN LA ACTUALIDAD | 17 |
| Capítulo 3. TOLEDO, 1096 | 29 |
| Capítulo 4. JERUSALÉN | 35 |
| Capítulo 5. TOLEDO | 45 |
| Capítulo 6. NUEVA YORK | 59 |
| Capítulo 7. NUEVA YORK | 67 |
| Capítulo 8. TOLEDO | 79 |
| Capítulo 9. AL OESTE DE CONSTANTINOPLA | 97 |
| Capítulo 10 | 109 |
| Capítulo 11. NUEVA YORK | 117 |
| Capítulo 12. NUEVA YORK | 127 |
| Capítulo 13. AL OESTE DE CONSTANTINOPLA | 135 |
| Capítulo 14. NUEVA YORK | 149 |
| Capítulo 15. NABLUS | 161 |
| Capítulo 16. NUEVA YORK | 167 |
| Capítulo 17. AL OESTE DE CONSTANTINOPLA | 179 |
| Capítulo 18. AL OESTE DE CONSTANTINOPLA | 193 |
| Capítulo 19. NUEVA YORK | 205 |
| Capítulo 20. NUEVA YORK | 219 |
| Capítulo 21. NUEVA YORK | 227 |
| Capítulo 22. NUEVA YORK | 235 |
| Capítulo 23. NUEVA YORK | 249 |
| Capítulo 24. AL OESTE DE CONSTANTINOPLA | 261 |
| Capítulo 25. AL OESTE DE CONSTANTINOPLA | 273 |

ÍNDICE

| | |
|-------------------------------------|-----|
| Capítulo 26. NUEVA YORK | 281 |
| Capítulo 27. NUEVA YORK | 295 |
| Capítulo 28. NUEVA YORK | 303 |
| Capítulo 29. JERUSALÉN | 309 |
| Capítulo 30. XERIGORDON | 321 |
| Capítulo 31. NUEVA YORK | 335 |
| Capítulo 32. NUEVA YORK | 341 |
| Capítulo 33. MASADA | 351 |
| Capítulo 34. JERUSALÉN | 359 |
| Capítulo 35. JERUSALÉN | 369 |
| Capítulo 36. NUEVA YORK | 379 |
| Capítulo 37. VALLE DEL ORONTES..... | 391 |
| Capítulo 38. JERUSALÉN | 399 |
| Capítulo 39. NUEVA YORK | 411 |
| Capítulo 40. TOLEDO | 421 |

*Al nieto de Paul,
Jonas Martin Block,
y a los nietos de Robert,
Lauren Elaine Vaughan
y Ryan Kyle Jack,
que, con su nueva generación,
son la auténtica armadura de Dios.*



CAPÍTULO 1

LOURDES, 1095

TRES POSTULANTES, DESNUDOS DE CINTURA PARA ARRIBA, yacen boca abajo sobre el suelo de mármol. A la cabeza de cada uno está un discípulo que blande un flagelo de nueve cuerdas que llevan incrustados unos afilados trozos de huesos.

—Renuncia a tu voluntad para la salvación de tu alma —entonó el Gran Maestro desde su sitial, en el círculo exterior formado por dos docenas de discípulos.

Bordado en color rojo sangre, sobre el pecho de sus túnicas y capuchas marrones aparecía el símbolo de la Sagrada Orden de Via Dei: una cruz en forma de T, rematada por un círculo, en el que un sol reluciente lanza hacia abajo dos rayos que forman una pirámide superpuesta a la cruz.

El gran maestro Juan Fournier continuó su recitación de *El orden de santidad* por el que todos los miembros de Via Dei —los discípulos del Camino— debían regir su vida.

—Esfuézate allí donde estés, con el deseo puro de servir a la santa trinidad formada por Via Dei, la Iglesia Católica y Jesucristo. Siente ahora el dolor de los azotes recibidos por nuestro Señor.



Los discípulos descargaron sus flagelos sobre las espaldas desnudas de los postulantes, dejando marcadas en ellas unas franjas rojas.

—Así lo haré; que Dios me ayude —respondieron los postulantes, con voces transidas de dolor, fijando su mirada en el suelo, sin osar dirigirla a los ojos del Gran Maestro.

—Es peligroso mirar demasiado tiempo el rostro de una mujer —proclamó el Gran Maestro—. Evita el beso o el abrazo de una mujer para no quedar contaminado por el pecado de lujuria. Permanece eternamente ante el rostro de Dios con una conciencia pura y una vida santa.

Una vez más, los discípulos descargaron con fuerza sus látigos. Las marcas rojas se convirtieron en verdugones.

—Así lo haré; que Dios me ayude —repitieron los postulantes mientras trataban de sosegar sus cuerpos temblorosos.

—Evita las palabras vanas y las carcajadas. En el mucho hablar que no sea para gloria del Señor, no faltará pecado.

Los trozos afilados de hueso de las cuerdas del flagelo rasgaban la carne, salpicando de sangre las túnicas de los discípulos.

—Así lo haré; que Dios me ayude —gritaron los postulantes.

—Con el fin de cumplir tu sagrado deber, de manera que puedas alcanzar la misericordia de la gloria del Señor y escapar de los tormentos del fuego del Infierno, tienes que obedecer al Gran Maestro de nuestra Sagrada Orden de Via Dei. ¿Juras hacerlo así?

Otro latigazo brutal marcó la respuesta de los postulantes:

—Juro obedecer siempre al Gran Maestro.

—La Sagrada Orden de Via Dei, la Iglesia Católica y nuestro bendito Señor son la trinidad que guía nuestra vida,

símbolo de la Santísima Trinidad del Padre, el Hijo y el Espíritu Santo. Protegerás la santidad de *Via Dei* por todos los medios que sean necesarios. Solo hay un camino hacia la salvación, y la misión de *Via Dei* es proteger ese camino. Destruir a un enemigo de *Via Dei* es hacer el trabajo del Señor. ¿Aceptas nuestra doctrina?

Una vez más, los látigos restallaron y los postulantes gritaron:

—Acepto la doctrina.

—Levantaos ahora, discípulos del Camino. Vestid el hábito de la Sagrada Orden de *Via Dei* y felicitaos unos a otros como hermanos.

Los tres hombres se levantaron. A pesar del dolor que estaban soportando, se mostraban entusiasmados mientras sus padrinos —los mismos hombres que habían blandido los flagelos— les presentaban el hábito marrón que acreditaba su pertenencia a la orden.

El círculo de discípulos se deshizo y los miembros comenzaron a mezclarse con sus nuevos hermanos y a felicitarlos, recordando todos el feliz día de su iniciación.

Cuando un discípulo de treinta y pocos años abrazaba a uno de los nuevos miembros, una voz áspera lo interrumpió, pronunciando su nombre:

—Felipe Guiscardo...

Al volverse, el discípulo sintió en la garganta un nudo de nerviosismo al ver que el Gran Maestro le miraba. Felipe era un chico alto y musculoso, que sobrepasaba unos buenos trece centímetros la estatura del compacto y ligeramente encorvado Juan Fournier, aunque se sentía completamente anonadado en presencia del anciano. Su ansiedad se redujo, no obstante, cuando vio que la expresión del Gran Maestro era seria pero no severa.

—Tengo una misión para ti, Felipe.



Fournier agarró al joven por el codo y lo alejó de los demás, llevándolo hacia una de las columnas de mármol que rodeaban el santuario.

—Obedeceré vuestras instrucciones con gozo en mi corazón —respondió Felipe, con una voz monótona que ocultaba una renovada sensación de incomodidad.

—Has demostrado ser una gran promesa, Felipe. Por eso y por la importancia de tus vínculos familiares en Roma, hemos solicitado que seas nuestro enviado ante la Santa Sede. Sin embargo, ahora tengo que ordenarte que dejes de lado, por un tiempo, ese alto cargo y emprendas una misión de la máxima importancia.

Fournier miró a los lados para asegurarse de que estaban solos y después prosiguió en voz muy baja.

—Regresarás a Castilla para entregar una carta. La carta contiene otras instrucciones para ti y para la persona a la que has de entregarla.

—¿Y quién tiene que recibir esta carta, Gran Maestro?

—Tobías Garlande.

—¿Mi antiguo maestro? —dijo Felipe, sorprendido—. Pero es un hereje; vos me lo dijisteis cuando llegué aquí, hace cuatro años, desde Toledo. A causa de su herejía, me instasteis a que no volviera a su servicio.

—Cuatro años es mucho tiempo. Estamos en el año del Señor de mil noventa y cinco, casi en el segundo siglo del segundo milenio. Durante el tiempo que has estado con nosotros, has hecho grandes progresos y muestras una gran fortaleza interior; ya no temo que te contamines con su herejía.

—Gracias, Gran Maestro —dijo Felipe, con una ligera inclinación de cabeza.

—Sí, Tobías Garlande está con quienes creen que Trevia Dei se refiere a tres vías hacia Dios —dijo Fournier, añadiendo

en tono burlón—: como si los cristianos, los judíos y los infieles pudiesen recorrer el mismo camino o compartir las gracias de Dios —al decirlo, se estremeció cuando pensó que estaba quitándose de encima el mal—. No acepta lo que hemos recibido a través de la divina revelación, que Trevia Dei es la Santísima Trinidad y que solo hay un camino hacia Dios y la salvación: Via Dei.

—Nuestro nuevo nombre, de manera que podamos suprimir la falsa doctrina de los herejes de Trevia Dei —replicó Felipe, y Fournier sonrió a modo de aprobación—. ¿La carta es, pues, un castigo? —preguntó Felipe.

—No —replicó el Gran Maestro—. Creo que esta carta es el medio por el que el hermano Tobías puede salvar su alma eterna.

